

VII

LAS PREMISAS PSICOLÓGICAS DE LA HISTORIA

Los mapas celestes destinados á la vulgarización de la astronomía que reúnen en constelaciones provistas de su respectivo nombre propio cuerpos astrales separados entre sí por distancias casi inconmensurables y que no tienen ninguna relación entre ellos, pueden ser todo lo pintorescos que se quiera, pero no hacen adelantar en un ápice la comprensión del Universo y de los fenómenos y leyes astronómicas. Del mismo modo, no es ni con mucho permitir penetrarse más fácilmente del espectáculo que presenta la vida terrestre de la humanidad, el proyectar las imágenes engañosas de un sistema arbitrariamente imaginado y persuadirse que se sigue así con una mirada interpretadora, no ya los reflejos de la propia imaginación, sino la vida misma de la especie. Todos los ensueños de una filosofía de la historia que aborda los sucesos con el método deductivo, no nos aproximan ni en el canto de un pelo de su comprensión. El que opera empleando las palabras humanidad, sociedad, pueblos y olvida que no son más que expresiones cómodas para designar nociones abstractas vastísimas y generalizaciones nebulosas, se aleja de la realidad, interpone entre ésta y la visión inmediata una metáfora antropomórfica que él mismo ha creado, una figura puramente verbal, y se priva de la posibilidad de ver y de comprender la realidad misma. La única realidad es el indi-

viduo que vive, que sufre, que obra; es el único portador de los procesos históricos, aún de los que á vista de pájaro aparecen como movimientos colectivos en que las actitudes y actividades de la unidad no se distinguen fácilmente. El individuo representa en el drama histórico todos los papeles, los grandes de los héroes, lo mismo que los pequeños de los comparsas. Sólo el análisis exacto de la naturaleza del individuo particular, de sus propiedades, de sus métodos de pensamiento, de sus reacciones, en una palabra, de su biología y de su psicología, es capaz de darnos una representación precisa de la estructura interna de las formas en las cuales evoluciona la vida histórica de la colectividad (1). Mientras la medicina consideraba como un objeto material la noción abstracta de enfermedad, es decir de un conjunto de fenómenos que caen bajo los sentidos y de estados de conciencia, nada la impedía, barajando expresiones sonoras y vacías de sentido tales como *genius morbi*, materia pecante, discrasia, etc., hacerse ilusión sobre su ignorancia, pero no comprendía en realidad nada acerca de la naturaleza de la enfermedad. No comenzó á darse idea de ella sino cuando comprendió que el sitio de los procesos vitales está en la célula, el más simple elemento del organismo complejo, y se dedicó al estudio de su curso normal y sus desviaciones de la norma. Lo mismo que la patología celular es para la medicina, la psicología individual es para la filosofía de la historia. Y al decir esto, haré aún una concesión muy grande á la costumbre del pensamiento analógico, puesto que el individuo es, en

(1) Pablo Lacombe. *De l'histoire considérée comme science*. París, 1894, pág. 52: «Los móviles perpetuos del hombre, los procedimientos constantes de su inteligencia son las causas primordiales de la historia».

Joh. Fr. Herbart, *Sämmtliche Werke, herausgegeben von G. Hartenstein, passim* (págs. 160 y siguientes, VIII, 101 y siguientes, etc.), muestra que el análisis de la vida psíquica individual constituye la base de la ciencia histórica. Cousin dice de un modo breve y categórico: «La ciencia histórica es en realidad una ciencia psicológica». Esta es también la opinión de Fontana, Ferguson y otros.

el seno del pueblo y de la humanidad, infinitamente más independiente que la célula en el seno del organismo. El verdadero método se halla indicado en esta frase de Goethe:

*Willst du dich am Ganzen erquicken,
So musst du das Ganze im Kleinsten erblicken.*

«Si quieres gozar del conjunto, trata de ver el conjunto en la más pequeña parte».

Las propiedades fundamentales son seguramente las mismas en todos los individuos de la especie; el sentimiento, el pensamiento, la volición, la acción se realizan seguramente de la misma manera en casi todos los individuos y hasta un cierto punto en todos los individuos sin excepción. Esto no hace más que facilitar el estudio de la psicología humana, permitiendo escoger con toda comodidad el objeto de estudio, pero no dispensa de la necesidad de continuarlo en el individuo. Se puede á voluntad tomar en la muchedumbre un individuo cualquiera, pero es preciso que sea un individuo concreto, no una abstracción. Las experiencias positivas que se hagan en un hombre vivo determinado podrán ser prudentemente generalizadas sin correr demasiado el riesgo de no poder aplicar á toda la especie los resultados obtenidos. Si por lo contrario se hace abstracción del individuo y no se observa más que desde lejos y desde lo alto á la masa moviente y confusa de la colectividad, de la cual no se reconocen ya fisonomías personales, y si se quiere, con arreglo á esta contemplación por decirlo así, impresionista, formarse una imagen del hombre particular, solo se consigue construir un sér de fantasía fruto de opiniones preconcebidas, un hombre ideal compuesto de nuestros deseos ó de nuestra aspiración que se puede estar seguro que no corresponde á hombre alguno de carne y hueso. Y claro es que una humanidad agente de la historia que estuviera formada por semejantes seres imaginarios no podría á su vez más que ser completamente irreal.

El instinto de conservación que es inherente al hombre como á todos los seres vivos le obliga y le hace apto á adaptarse activamente ó pasivamente á las condiciones de existencia; pasivamente oponiendo á los agentes nocivos resistencias orgánicas, activamente tratando de sustraerse á ellos ó modificándolos, y de convertirlos en favorables. La adaptación pasiva es la más antigua; se realiza químico-mecánicamente; los órganos de la vida vegetativa son los que la aseguran, y cuando éstos son defectuosos el individuo sucumbe; todo individuo que sobrevive suministra por el hecho mismo de su existencia la prueba que ha sabido mantenerse contra todas las fuerzas que han trabajado incesantemente en su destrucción, y es el heredero de todas las facultades, formas y estructuras internas adquiridas por toda la serie de sus antepasados en la lucha sin tregua por la existencia. La cubierta cerosa de los bacilos ácido-resistentes, los medios de defensa de las plantas de las altas mesetas contra el frío y la deshidratación y de las plantas de los desiertos contra la desecación, la respiración alternativamente pulmonar y branquial de los peces dipnoicos cuya habitación acuática está sometida á la desecación intermitente, el sueño invernal de los animales de sangre caliente condenados regularmente á carecer de alimento durante varios meses—todos esos hechos muestran qué intenso trabajo orgánico representa aun la adaptación meramente pasiva, qué modificaciones profundas es capaz de producir en el organismo. Pero este formidable trabajo rico en efectos tan importantes y profundos se realiza en todos los tejidos y órganos del sér vivo mucho antes que una conciencia cenestésica, por obscura que se la suponga, se haya formado en él, y cuando una conciencia cenestésica ha hecho su aparición, no está representada ni participa en ese trabajo.

La adaptación activa aparece mucho después que la pasiva; no es ya puramente bio-química y bio-mecánica, no es ya una reacción independiente de las células, tejidos y órganos contra las influencias exteriores, sino una cooperación

solidaria de todos los sistemas de órganos, una función del conjunto del organismo cuyo plan ha de ser elaborado en la conciencia y aparecer en ella como representación antes que sea transformada en trabajo nervioso y muscular. Lo que constituye la condición de esta forma superior, más complicada y más indirecta de la adaptación, es la existencia misma de una conciencia que pueda con ayuda de su elemento fundamental, es decir de la memoria, elaborar representaciones, enlazarlas en series, asociarlas á representaciones del mismo orden, similares, vecinas en el tiempo ó en el espacio, que se refieren al mismo objeto, evocadas de la subconciencia, y sacar de todo ello conclusiones y juicios. No tengo la intención de exponer aquí toda la psicología; me bastará con recordar los puntos principales.

La conciencia constituye el primer hecho de la psicología; es una cosa dada que no podemos explicarnos. Los nervios sensoriales llevan hasta ella impresiones que ella apercebe; valiéndose de estas apercepciones, la conciencia se forma una imagen de las causas, ya sean conocidas por la experiencia y la verificación repetidas, ya sean sospechadas por analogía, de estas impresiones de los nervios sensoriales, y esta imagen es una representación.

Yuxtaponiendo y enlazando las representaciones, la conciencia adquiere una apercepción de los estados ó movimientos presentes, pasados ó futuros del mundo exterior, y esta apercepción es un juicio. Cuanto más las representaciones de que se compone el juicio corresponden exactamente á las apercepciones, tanto más éstas reproducen con precisión las impresiones sensoriales y tanto más exacto es el juicio, es decir tanto más la manera como refleja una realidad actual ó potencial, un estado ó un movimiento que es, fué ó será ó podrá ser en ciertas condiciones, es exacta y verdadera.

Cuando el juicio implica representaciones que conciernen al sujeto mismo que juzga, en las cuales tiene él mismo una parte pasiva ó activa, estas representaciones suscitan sentimientos más ó menos intensos y provocan movimientos mus-

culares ó por lo menos bocetos de estos movimientos, es decir excitan actos volicionales. El vocablo «voluntad» es la designación condensada en una sola palabra, breve y cómoda, de un proceso psíquico muy complicado que, en cuanto á sus fases principales, se desenvuelve poco más ó menos de la manera siguiente: una excitación sensorial exterior—una aperccepción cualquiera—ó una necesidad orgánica interior—hambre, sed, apetito sensual, sensación de fatiga, malestar,—evocan representaciones en la conciencia.

Cuando una representación es única ó es tan intensa desde un principio que otras no pueden formarse á su lado, entonces ella sola excita los centros motores, los músculos se ponen en actividad, el organismo realiza un acto que, en la situación dada, corresponde á la excitación sensorial ó satisface á la necesidad, que es por consiguiente útil. Cuando la actividad muscular no va acompañada de ninguna representación, constituye un reflejo; cuando la conciencia tiene por lo contrario un conocimiento previo de dicha representación, cuando posee una imagen del acto muscular y de su objeto antes que éste sea conseguido, lo siente como siendo querido, como una acción volicional.

En la mayor parte de los casos, sin embargo, una representación no es única ni bastante poderosa, en cuanto surge, para prevalecer sobre las demás. Varias representaciones surgen simultáneamente, tratando cada cual de rechazar y suprimir á las demás, de llenar ella sola toda la conciencia, de provocar ella sola la actividad muscular. La representación que se apoya sobre las tendencias, las apetencias y las inclinaciones orgánicas más fuertes, sobre la espera de los placeres más atractivos ó sobre la aprensión de los disgustos más temidos es la que sale victoriosa en esta lucha. Ella es la que pone á las demás fuera de combate, la que excita los centros motores, la que determina las acciones que responden á su naturaleza. La conciencia experimenta en este caso la sensación de un esfuerzo psíquico, de una lucha de la voluntad y de su triunfo sobre las resistencias. La voluntad consiste

pues en último término, en el desprendimiento de movimientos musculares coordinados, adaptados á un objeto, por la influencia de una representación ó por la inutilización de esta influencia mediante una representación contraria que la aniquila, es decir por una inhibición.

La atención es una condición del trabajo regular de la conciencia; consiste en una adaptación tal del aparato psíquico que todas las impresiones sensoriales que percibe, todas las representaciones que hace surgir de la subconciencia, sirven á dar la mayor intensidad posible al grupo de las representaciones que domina precisamente en la conciencia, y á asegurarle la duración por el hecho de ignorar, por ende de apartar, las aperccepciones, representaciones y recuerdos extraños que tienden á penetrar en la conciencia. Sin atención reina en la conciencia una serie de pensamientos inestables y un ensueño, las representaciones no alcanzan el grado de imágenes claras, de contornos precisos, no se mantienen y no acaban en movimientos metódicos, es decir en acciones volicionales. La atención puede ser natural y artificial; es natural cuando la adaptación del aparato psíquico es efecto de una necesidad orgánica imperiosa directamente sentida. El gato, bajo el imperio de su deseo de la presa, espera inmóvil á la entrada del agujero de la ratonera, orientados todos sus sentidos hacia el objeto que persigue, y cuando ve salir al ratoncillo desprevenido, no ve nada más que á su presa. La atención es artificial cuando la adaptación del aparato psíquico no es determinada por una necesidad orgánica directamente sentida, sino que lo es por la representación de una satisfacción deseada ó de una contrariedad á temer, una y otra no teniendo ya un carácter groseramente orgánico. El escolar se aplica, á pesar de su aversión, á aprenderse de memoria las reglas de la gramática y aparta la representación de la holgazanería agradable, porque la representación de los fastidios que le pueden resultar por un fracaso en los exámenes mantiene el aparato polarizado de tal suerte que sólo las reglas de la gramática llenan momentáneamente la concien-

BIBLIOTECA 117

"ALFONSO RUIZ"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cia. El hombre de ciencia que mira fijamente en un microscopio é interpreta las imágenes que le revela está preservado, directamente por su deseo de saber, indirectamente por la representación del sentimiento de placer que acompaña la conquista de nuevos conocimientos, de distracciones de sus sentidos y de su conciencia del objeto de su observación.

La forma morbosamente exagerada de la atención es el monoideísmo en el cual la conciencia está llena de un modo duradero por una sola representación que alimenta y refuerza con todas las apercepciones y asociaciones, y no deja surgir otras representaciones á su lado. Cuando al lado de la representación central, pueden otras penetrar en la conciencia sin rechazarla, de manera que la conciencia percibe impresiones sensoriales que elabora en representaciones y éstas en juicios y en acciones voluntarias, sin dejar de conservar aquélla en el estado de cuerpo extraño que permanece inmóvil en medio del flujo incesante de las representaciones que fluyen incesantemente á través de la conciencia y la envuelve en sus remolinos, entonces se trata de una obsesión. Cuando la atención de la conciencia está acaparada no por las apercepciones transmitidas por los nervios sensoriales, sino por procesos internos, orgánicos, acompañados de sentimientos de placer intensos, la conciencia se hace inaccesible á todas las impresiones del mundo exterior, todas sus representaciones se refieren á esos sentimientos de placer y cae en un estado conocido con el nombre de éxtasis.

Cuando la atención está completamente despierta, la conciencia reconoce las representaciones que según su experiencia, no son compatibles entre sí y evita reunir en un juicio las representaciones que se excluyen recíprocamente. Siente por ejemplo, como absurdo el juicio: «Los ángeles son seres que se componen únicamente de cabezas humanas provistas de alas», porque sabe por experiencia que la cabeza humana está provista de una boca que conduce á una tráquea y á un exófago, que una boca detrás de la cual no se abriese ninguno de estos canales y no fuesen á parar á un

estómago y á los pulmones no tendrían sentido ninguno y no responderían á ningún objeto, y que una cabeza no podría vivir sin respiración, sin circulación, sin nutrición. Cuando la atención se debilita, cuando deja en lo vago é impreciso una ó varias de las representaciones que aparecen en la conciencia, entonces pueden originarse juicios cuyos elementos se excluyen mutuamente, que son por consiguiente absurdos, es decir no responden á la experiencia humana de la realidad. El mismo resultado se produce sin que la atención se debilite, pero cuando la conciencia reúne en el mismo juicio y como teniendo igual valor de un lado representaciones suministradas por la experiencia personal y de otro lado representaciones transmitidas ya del todo formadas por otros que no son adquiridas por la experiencia ni verificadas por los sentidos y son en realidad falsas. El medio de transmisión de representaciones ya formadas de una conciencia á otra es el lenguaje. Las representaciones no presentando en ellas mismas ninguna señal infalible de su absurdo, á menos que reúnan elementos que según las enseñanzas de la experiencia se excluyen mutuamente, la conciencia puede valiéndose del lenguaje, adquirir con la misma facilidad representaciones falsas y representaciones exactas, sin advertir la diferencia que existe entre unas y otras, mientras no haya sometido á la verificación por los sentidos y su experiencia, una á una, las representaciones transmitidas por el lenguaje. Ahora bien, en muchos casos, cuando se trata por ejemplo de testimonios sobre sucesos remotos en el tiempo y en el espacio, esta verificación es imposible ó no es posible sino en límites muy restringidos. El lenguaje constituye pues, con la atención distraída, la fuente de conclusiones falsas. De un modo general por lo demás las imágenes sonoras ó escritas, transmitidas por el lenguaje, no son transformadas en representaciones por la mayoría de los hombres. Permanecen en la conciencia en estado de simples sonidos y signos; y estos sonidos ó signos, ó bien se les repite ó reproduce llegado el caso como unos loros ó monos, sin darles ninguna interpretación, ó bien

se les somete á una interpretación que se aparta más ó menos de la representación de la cual debían ser primitivamente el símbolo. Esto es lo que explica que hombres que quieren pasar por sabios y — lo que no es necesariamente lo mismo — por razonables, repiten religiosamente y con aplomo, pretendiendo asignar alguna idea á ese estrépito de palabras, sandeces por el género de ésta imaginada por Hegel: «El Imperio romano es lo finito exaltado hasta lo infinito» ó (también de Hegel): «El sol es la tesis, el satélite y el cometa la antítesis, el planeta la síntesis», ó por el género de esta proposición del místico Pedro Boscovitch (1) relativa á «un punto material que sin tener ninguna extensión posee sin embargo una masa». El pitacismo y el pitecismo son pues las más de las veces el único efecto de la palabra y de la escritura cuyo objeto propio es transmitir representaciones.

Existe una actividad de la conciencia en el curso de la cual las representaciones, á medida que son por el juego de la asociación evocadas desde la subconciencia y yuxtapuestas, se mantienen unas al lado de otras y se juntan en juicios, hasta cuando se excluyen evidentemente. Esto es lo que se produce en el sueño que reúne las representaciones según su asociación en el tiempo y en el espacio, con arreglo á su semejanza, á la identidad del tono emocional que les acompaña, sin que la conciencia se extrañe de la irrealidad ó del absurdo de las imágenes y juicios así constituídos. De la misma esencia que el ensueño es el trabajo de la imaginación que en estado de vigilia, evoca y reúne según el mismo método de asociación mecánica sin freno, representaciones que en sus elementos últimos son sin duda recuerdos, es decir reflejos de una experiencia real, pero reunidos como lo están, no reproducen ninguna realidad. La diferencia entre el ensueño y la fantasía es que, en el primero es únicamente una sen-

(1) Citado por J. Pablo Milliet, *La dynamis et les trois âmes*. Paris, 1908, pág. 2.

sación somática inmediata ó un tono emocional prevaleciente en el organismo el que llama y reúne á las representaciones, mientras que el funcionamiento de la fantasía es determinado no por sensaciones somáticas (que no se presentan nada más que en enfermos en los cuales provocan delirios), sino por el tono emocional del organismo asociado al pensamiento consciente que elimina de los juicios las representaciones demasiado brutalmente contradictorias, y forma juicios irreales á causa de su atractivo agradable sin dejar de darse cuenta de su irrealidad.

Todos los procesos que tienen su asiento en el sistema nervioso y en el cerebro pueden desarrollarse rápida ó lentamente, ser débiles ó intensos. Estas diferencias de ritmo y de intensidad determinan las diferencias de temperamento en los individuos. La lucha de las representaciones en la conciencia, teniendo por resultado la depresión de unas y el predominio vigoroso de otras, puede ser llevada con más ó menos energía; cuanto más las representaciones nacientes desarrollan energía para afirmarse, mantenerse y rechazar de la conciencia nuevas representaciones que tratan de introducirse en ella, más aguda y perseverante es la atención, más firme es la voluntad del individuo; la energía con la cual las representaciones luchan por la existencia en la conciencia constituye la medida del carácter. El temperamento y el carácter son particularidades innatas, como la estatura del cuerpo ó el color de la piel, de los cabellos y de los ojos. Es posible que se les pueda vigorizar por el ejercicio; es seguro que se les puede debilitar y hasta destruir por influencias artificiales, por el alcohol y otros venenos, por la débil defensa contra el deseo de los sentimientos de placer.

Todo trabajo nervioso y cerebral, desde su primera hasta su última fase, desde la impresión sensorial diferenciada, la apercpción, la representación y el juicio hasta la acción volicional, no tiene más que un solo objeto: la adaptación del organismo á su ambiente, el conocimiento y la utilización en su propia ventaja de las condiciones en las cuales está lla-

mado á mantener su existencia, la custodia y la defensa contra los peligros y las nocividades que le amenazan. Las necesidades de la conservación personal han diferenciado la sensibilidad general de la superficie corporal distribuyéndola entre varios sentidos y han determinado el surgimiento y desarrollo de órganos de sentidos específicos, han fusionado las conciencias naturalmente muy limitadas inherentes probablemente á cada célula, y aun hasta á cada molécula de la materia viva en una sola conciencia general del sér vivo que han ensanchado, afinado y enriquecido con la facultad de la asociación de las representaciones, á la cual han enseñado la atención y han dotado de aparatos de inhibición que aseguran la estabilidad á un estado de conciencia dado, le defienden contra las distracciones, reprimen los reflejos y coordinan las acciones voluntarias. Cuanto más las impresiones sensoriales son precisas y numerosas, más luminosas son las representaciones, más completamente reflejan los estados y modificaciones del mundo exterior en la conciencia, más numerosos y precisos son los recuerdos que evocan de la subconciencia, más las representaciones asociadas completan inmediatamente las apercepciones inmediatas y hacen comprensibles para la conciencia el orden, la sucesión y el enlace de los fenómenos exteriores, aun en sus partes no inmediatamente perceptibles, y más completamente los juicios se superponen á la realidad y mejor los actos volicionales resultantes de la acción del juicio sobre las inhibiciones y las impulsiones motrices corresponden con el interés momentáneo ó permanente del organismo, y mayores son sus probabilidades de mantenerse victorioso en la lucha por la existencia. En suma, la atención, el conocimiento, la voluntad son otras tantas formas de la lucha por la existencia, toda reacción consciente ó inconsciente del organismo contra la fenomenalidad cósmica es una adaptación, el instinto de conservación es la fuerza motriz y formadora de todo trabajo y de todo desarrollo del espíritu.

Los hombres son por naturaleza desiguales, y el mismo

Rousseau (1) así lo reconoce aunque deduciendo, con una lógica singular, de esta desigualdad natural la posibilidad y hasta la necesidad de una igualdad moral y política. Los hombres son desiguales lo mismo que por la estatura, la forma del cráneo y el color de la piel, por el temperamento y el carácter. Las causas inmediatas de la desigualdad consisten en la mayor parte, en la herencia que determina el tipo y en más pequeña parte en las condiciones de vida desfavorables que tienen por consecuencia una detención morbosa del desarrollo que impide al tipo llegar á su pleno desarrollo. Fácil es remediar la desigualdad que resulta de las condiciones de vida desfavorables mejorando dichas condiciones; la cuestión de saber en qué medida la desigualdad derivada de la herencia puede ser influida á su vez no estamos aún en condiciones de resolverla. Las causas mediatas que determinan la aparición de diferentes tipos humanos nos son también desconocidas; no sabemos si son variedades de una especie originariamente única ó si derivan de especies animales prehumanas diferentes desde un principio aunque de un parentesco cercano, si influencias exteriores las modifican poco á poco y las transforman unas en otras, ó si solo la mezcla de sangre es susceptible de cambiarlas, mientras que la reproducción consanguínea las deja constantes. Lo único establecido es que lo mismo que hay hombres de alta y baja estatura, dólica—y braquicéfalos, de músculos vigorosos y raquiticos, existen también hombres que tienen una sensibilidad obtusa ó afinada, el pensamiento tardo ó rápido, la aten-

(1) J. J. Rousseau. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. «...Concibo... dos clases de desigualdad: una que llamo natural ó física porque está establecida por la naturaleza y que consiste en la diferencia de edades, de salud, de las fuerzas del cuerpo y de las cualidades del espíritu ó del alma; otra que puede llamarse desigualdad moral ó política porque depende de una especie de convención y está establecida ó por lo menos autorizada por el consentimiento de los hombres».

ción fugitiva ó sostenida; que son resueltos ó indecisos, que poseen una voluntad débil ó fuerte. Todas estas cualidades son sin duda la expresión de la composición química del protoplasma vivo de la célula que varía de un hombre á otro, de un tipo á otro.

La observación hace constar en el hombre cualidades que á pesar de las diferencias de detalle, se reproducen con mucha frecuencia en sus grandes rasgos y permiten trazar una línea de nivel medio de desarrollo, por encima de la cual solo una minoría se eleva y que no es sobrepujada considerablemente sino en casos absolutamente excepcionales. Examinemos un hombre escogido al azar entre la muchedumbre, hacia el cual nada llama la atención, que no se destaca de su medio, que no está ni más allá ni más acá del nivel ordinario; dicho de otro modo, procedamos como si se tratara de examinar y de observar un individuo medio de no importa cualquiera otra especie animal de la cual quisiéramos darnos una idea. Este hombre que llamaré el hombre normal, á pesar de la mala reputación que tiene esta palabra á causa de su empleo imprudente, es por lo que toca á su temperamento y á su carácter, el producto de sus disposiciones naturales heredadas, y en lo que concierne al contenido de su conciencia, en gran parte, obra de la educación cuyos objetos y métodos son fijados por el Estado y la sociedad. El hombre primitivo adquiriría sin duda todos sus conocimientos relativos al Universo por la sola percepción y por la observación directa; por limitados que fuesen, se basaban sobre una experiencia propia, se referían á impresiones vívidas y eran transformados en visiones interiores. En el estado civilizado el hombre normal no debe más que la mínima parte de sus representaciones y juicios á sus propios sentidos y á la elaboración de sus impresiones por el órgano del pensamiento; la mayor parte le es transmitida, bajo forma de símbolos acústicos y ópticos con ayuda del lenguaje y de la escritura, por otros hombres, y quedan siendo para él, durante toda su vida, sonidos y signos á los cuales ó bien no asocia ninguna

visión interior, ó bien asocia una completamente diferente de la realidad. El lenguaje, el comercio entre los hombres, la escuela, los periódicos y también los libros, le enseñan una porción de combinaciones verbales que se fijan en su memoria como otras tantas fórmulas. Si un gran número de estas fórmulas le son familiares, si puede reproducirlas en una ocasión dada con toda la frecuencia que se espera de él, pasa en opinión de sus semejantes por un hombre culto y se considera él mismo como tal. Y sin embargo esta repetición de fórmulas aprendidas no es más que psitacismo y la ciencia verbal no tiene ninguna relación con el conocimiento real. El contenido de la conciencia de este hombre está formado por un minúsculo núcleo de experiencia rodeado de una nube, á veces inmensa, formada por nieblas verbales.

La observación aguza el sentido de la realidad; habitúa á la conciencia á la verificación de sus representaciones y á una crítica constante de los elementos de apercepción de que se compone. Advierte en seguida la incompatibilidad entre las representaciones combinadas en un juicio y rechaza como absurdo todo juicio construído con representaciones incompatibles que se excluyen recíprocamente. Cuando por lo contrario la conciencia, en vez de formar los juicios con sus propias apercepciones sensoriales, los recibe ya hechos bajo una forma verbal, de otros hombres, nada la previene contra el absurdo. Las palabras se enlazan siempre bien en una proposición, hasta cuando expresan lo imposible, y mientras el símbolo sonoro ó escrito no ha sido transformado en una representación de la realidad, la conciencia no se da cuenta de su imposibilidad. Ahora bien, los hombres ordinarios no operan esta transformación sino rara y parcialmente; los unos repiten de manera psitacista siguiendo á los otros, juicios á los cuales no asocian ningún pensamiento; se habitúan á operar con sombras de abstracciones que en los casos más favorables se llenan de un contenido arbitrario é imperioso, y la conciencia deja de ser un espejo de los estados y cambios reales del mundo exterior. El hombre normal no

observa ni verifica por sí mismo, sino que repite maquinalmente lo que se dice en su presencia. No posee el sentido crítico; es crédulo.

La aptitud para fijar su atención está generalmente poco desarrollada en él. Hasta la atención natural que despierta y mantiene un interés orgánico inmediato, una apetencia, un deseo, una pasión, se fatiga pronto; en cuanto á la atención artificial que carece de un estimulante de ese género, se agota mucho más rápidamente. La conciencia del hombre normal es las más de las veces un mero lugar de paso atravesado por representaciones fluctuantes y fugitivas que no alcanzan sino rara vez una disposición suficientemente precisa para mostrarse con un relieve claro, para afirmarse y hacer subir por encima del umbral de la conciencia todos los recuerdos á los cuales están asociadas y que las completan. A consecuencia de la insuficiencia de la atención, las apercepciones inmediatas quedan llenas de lagunas y sin enlace entre ellas; en las representaciones se mezclan apercepciones sensoriales con meras imágenes verbales que pueden estar vacías de todo elemento de lo real; los juicios que así se originan se convierten en falsos, se enlazan á consecuencia de la indigencia de las asociaciones y de sus caracteres incompletos, con los datos inmediatos que no siguen ni hasta sus causas próximas ni hasta sus efectos instantáneos y ulteriores. Así es como el hombre normal no adquiere una visión algo profundizada del encadenamiento de los fenómenos, mientras éstos no caen simultáneamente y de manera evidente bajo los sentidos, y no es tampoco capaz de prever lo futuro determinado por lo presente. Su conocimiento está encerrado en límites estrechos, la imagen que posee del mundo, confusa y mezquina, no coincide casi en ningún punto con la realidad, dado que las apercepciones no entran en ella sino por una mínima parte y que está formada en su mayor parte por imágenes verbales fantásticamente interpretadas ó por imaginaciones aventuradas. Su adaptación que es el objetivo del trabajo de su conciencia, es de todo punto defectuosa, le deja sin defensa con-

tra los peligros que no advierte ó de los cuales no concibe la causa determinante, y pobre en medio de posibilidades que no comprende y que si pudiera penetrar exactamente su sentido, podrían enriquecer su vida.

La conciencia trata de facilitarse en la medida de lo posible el trabajo penoso de la adaptación; el medio de cuya ayuda se vale es la costumbre. Las apercepciones que se repiten con frecuencia pueden ser por completo fugitivas é incompletas y no obstante, poner en movimiento toda la serie de las operaciones mentales á las cuales han dado lugar en el momento de la observación inicial muy atenta y completa. Provocan las representaciones, juicios y acciones correspondientes, sin que un nuevo esfuerzo del pensamiento y de la voluntad sea necesario. Toda la sucesión de estas actividades cerebrales está organizada de tal suerte que una provoca automáticamente la otra y que á toda excitación sensorial el organismo responde sin fatiga, sin incertidumbre y sin vacilación con las reacciones exigidas por su interés. Cuando el decurso habitual de las reacciones de la conciencia contra las impresiones alcanza la perfección de su organización, la manera de comportarse del individuo se convierte en instinto, sus actos se realizan automáticamente y aun en el caso en que toda intervención de la conciencia no falte en absoluto, se libra por completo del sentimiento de desagrado resultante de un esfuerzo del pensamiento, del juicio, de la voluntad.

Observadores europeos han hecho constar que los niños negros poseen una inteligencia viva y una comprensión rápida y no se quedan en la escuela detrás de sus compañeros blancos de la misma edad. Esta igualdad aparente de disposiciones se mantiene hasta determinada edad que coincide las más de las veces con la pubertad. Se produce entonces algo así como un abotargamiento; los niños negros no pueden ya seguir la instrucción; son incapaces de asimilarse nuevas nociones y aun empleando toda su buena voluntad y grandes esfuerzos, no se elevan por encima del nivel que acaban de alcanzar. No se ha advertido este fenómeno más que

entre los negros porque no se le ha buscado más que entre ellos; no está sin embargo limitado á la raza negra, sino que está extendido en toda la especie humana sin distinción de color. En el hombre ordinario el desarrollo intelectual no es un proceso que dura tanto como la vida; se detiene por lo contrario pronto y también, como entre los niños negros, generalmente al llegar á la madurez sexual.

El joven tiene en buena medida la sed de conocer ó por lo menos la curiosidad, experimenta placer con las impresiones nuevas y las busca de buen grado, sigue fácilmente los impulsos, acepta con complacencia las ideas, se obstina raramente en concepciones tercas, sabe darse maña en todas las circunstancias para salir de las dificultades y se adapta con flexibilidad á los cambios que sobrevienen. Es verdad que aún en este estado de plasticidad juvenil, le es más agradable porque es más cómodo, imitar á sus modelos extraños que encontrar normas personales, repetir las cosas aprendidas que elevar los materiales de su experiencia propia al rango de conocimientos originales. Pero la imitación por lo menos no le ofrece ninguna dificultad y está pronto dispuesto á entregarse á ella. Con el progreso de la edad, un poco antes en unos y un poco más tarde en otros, llega sin embargo un momento en que la movilidad flúida del espíritu se petrifica y en que la conciencia se congela por decirlo así. El deseo de conocer se trueca en obtusión: el hombre evita las nuevas impresiones que penetran algo profundamente; su observación del mundo aparente se hace superficial y distraída; su mirada resbala sobre todo lo que es desacostumbrado y no lo advierte ni presta atención mientras no se le impone dolorosamente. No se decide á llevar á su pensamiento por caminos nuevos; teme arriesgarse por horizontes desconocidos en los cuales tenga que vigilar constantemente el terreno y buscar por sí mismo la dirección; no se siente á su gusto más que siguiendo los caminos trillados á que está acostumbrado diariamente y por los cuales puede marchar casi con los ojos cerrados y como un sonámbulo, seguro de antemano del

camino que hay que recorrer y del término á que hay que llegar. Refractario á toda revisión de sus conocimientos adquiridos, persiste en sus representaciones, aún cuando se le pruebe que son errores; se revuelve hasta contra la imitación de un modelo nuevo; no quiere más que repetirse á sí mismo. Suponiendo que sea todavía capaz de adaptarse á los cambios de las condiciones de su vida, no lo hace sino torpemente y de una manera imperfecta. Se da muy bien cuenta de que la ruptura de las conexiones organizadas y rígidas en su cerebro y el acto de anudar nuevas asociaciones constituirían un trabajo que no estaría ya en los medios de su organismo; por esto lo evita ansiosamente. El odio hacia todo lo que es nuevo, el misoneísmo como Lombroso ha llamado este modo de ser del hombre normal, constituye en él un instinto de protección que tiene razones biológicas. El hombre intelectualmente petrificado tiene razón de temer lo nuevo porque éste exige de él un esfuerzo que está por encima de sus fuerzas. Soportará mejor una suma á veces inconcebible de dificultades, hasta un sufrimiento agudo al cual se ha habituado poco á poco, antes que hacer el esfuerzo necesario para sustraerse á la costumbre y crearse una situación que le prometiera una ausencia de dolor ó por lo menos un alivio.

Así es como el hombre normal está hecho: su voluntad es de un vigor y de una perseverancia mediocres, por lo cual su atención se fatiga pronto y no puede concentrarse durante mucho tiempo con una precisión completa sobre el mismo punto de observación. Por esta razón sus apercepciones son superficiales y están llenas de lagunas; las completa arbitrariamente con recuerdos intercalados más ó menos á propósito, con representaciones analógicas más ó menos semejantes. El contenido de su conciencia es pobre y encierra al lado de un poco de realidad, mucho de ilusión y de imágenes puramente verbales que, á la verdad, no tienen para él ningún sentido; su pensamiento no tiene la energía de llevar hasta una conclusión lógica, á un juicio, á un conocimiento, á una acción, tal serie de ideas que en un momento dado tiene impor-

tancia para él, ni la de asegurarle en el curso de ese trabajo la dominación exclusiva en la conciencia, de apartar las representaciones que engendradas por las impresiones sensoriales, por las sensaciones somáticas y por las asociaciones de ideas secundarias incesantemente cambiantes, hacen irrupción en la conciencia y tratan de establecerse en ella. Gusta más de pasearse por los senderos trillados del ensueño cómodo y semi-consciente que no exige ni recogimiento ni atención, ni esfuerzo, pero que en desquite no conduce ni á una concepción clara, ni á un conocimiento, ni á una manifestación útil de la voluntad. No es capaz de representarse claramente el encadenamiento de los fenómenos, de referirlos á sus causas próximas y remotas, de seguir sus efectos necesarios aunque solo fuera algunas etapas. Entre los elementos que componen el contenido de su conciencia, no sabe distinguir los que son un reflejo de la realidad de los que han sido yuxtapuestos por su fantasía. No está á gusto más que en la rutina y teme por instinto todo lo que es desconocido, todo lo que exige atención, observación, una interpretación razonada, juicios, resoluciones, actos personales. Después de los millones de años de existencia de la especie, su facultad de adaptación no presenta todavía más que un grado de desarrollo bastante mediano, y en su lucha con la naturaleza, contra la hostilidad de la cual tiene que mantenerse, no ha logrado adquirir más que un número poco considerable de aptitudes útiles que se ha apresurado á organizar en hábitos con el fin de aplicarlas con el menor esfuerzo posible. Las condiciones de su vida exigirían que fuese un luchador siempre en el campo de batalla contra la naturaleza, pero rehuye la pelea cuantas veces puede hacerlo y se atiene á su rutina que es para él la paz equívoca ó por lo menos el armisticio con el medio hostil.

Del tipo medio de la especie así caracterizado surge una minoría que acusa un grado de desarrollo superior y una potencia funcional más grandes. El hombre de *élite*, escogido, posee un cerebro más perfecto en que los procesos bioquimi-

cos del plasma celular se realizan con una energía más grande y que permanece plástico durante más tiempo, en los casos extremos hasta la vejez más avanzada. De estas premisas anatómicas y fisiológicas derivan consecuencias importantes; el hombre escogido posee un temperamento vivo, un carácter firme; sus sentimientos son intensos y su voluntad es vigorosa y perseverante. Por esta razón obra con decisión y energía; su atención no se fatiga fácilmente y rechaza de un modo inquebrantable todo cuanto tiende á distraerla, siendo por esto un observador agudo de la realidad en la medida en que tiene importancia para él. Sus inhibiciones se operan rápida y seguramente y someten su vida instintiva al dominio de la voluntad guiada por el juicio que restringe con fuerza, á veces hasta suprimirle, el automatismo. Por esta razón no se queda petrificado en costumbres cómodas, sino que sigue, adaptándose á ellos con flexibilidad, todos los cambios del ambiente. Sus reacciones no son esquemáticas; á toda modificación de la situación responde con una conducta nueva que no está calculada sino en vista de esta modificación. Pero hay que ver acaso su particularidad más notable y la razón más eficaz de su superioridad sobre el hombre ordinario en su sentido de lo concreto que es á su vez una consecuencia de su aptitud á observar con una atención recogida y sostenida.

Tengo que insistir un poco sobre este punto. Estamos acostumbrados á ensalzar el don de la abstracción como un privilegio del pensamiento humano y á colocar á éste por dicha razón por encima del pensamiento del animal que se atiene á lo concreto y no sabe elevarse á nociones generales. Pero esto es muy probablemente un error que la filosofía comete desde hace siglos y del cual hay que tener el valor de emanciparse. La abstracción constituye la función más delicada y la menos segura del cerebro. En la realidad los fenómenos se suceden en el tiempo y en el espacio sin que haya nunca dos que presenten una identidad completa. Pero nuestra apercepción se acostumbra á no tener en cuenta las dife-